

La violencia de los imperios cansados

Crisis global, decadencia hegemónica
y horizonte revolucionario



LA VIOLENCIA DEL IMPERIO DORMIDO

ANÁLISIS MARXISTA DE LA AGRESIÓN ESTADOUNIDENSE Y LAS PERSPECTIVAS MUNDIALES

Enero de 2026

I. INTRODUCCIÓN: EL ATAQUE A VENEZUELA EN EL CONTEXTO DE LA CRISIS IMPERIAL

«La tradición de los oprimidos nos enseña que el “estado de excepción” en que vivimos es la regla.»

Walter Benjamin, Tesis sobre la filosofía de la historia, Tesis VIII, ed. Taurus / Abada.

*Ubi solitudinem faciunt, pacem appellant.”
(Donde hacen un desierto, lo llaman paz.)*

*Tacitus, Annales, XIV, 27
Ed. Oxford Classical Texts / trad. Gredos*

El 3 de enero de 2026, la administración Trump ejecutó una operación militar de gran envergadura contra la República Bolivariana de Venezuela que marca un punto de inflexión histórico en las relaciones internacionales contemporáneas. El bombardeo nocturno de instalaciones militares y civiles en Caracas, Miranda, Aragua y La Guaira, seguido de la captura y extracción forzosa del presidente Nicolás Maduro y su esposa Cilia Flores, representa la intervención militar estadounidense más directa y flagrante en América Latina desde la invasión de Panamá en 1989. Las fuerzas especiales Delta Force, apoyadas por un despliegue aeronaval masivo, ejecutaron lo que el gobierno estadounidense presenta como una operación de "aplicación de la ley" contra el "narcoterrorismo", pero que en realidad constituye una agresión militar contra un estado soberano en clara violación del derecho internacional, configurando lo que juristas especializados califican como un acto de piratería estatal y secuestro de un jefe de estado en ejercicio.

La magnitud de esta operación no puede subestimarse. Según reportes confirmados, el ataque resultó en la muerte de al menos 32 agentes cubanos que formaban parte del equipo de seguridad de Maduro, así como en un número indeterminado de bajas venezolanas. El propio Donald Trump describió la operación como "un ataque espectacular, como no se había visto desde la Segunda Guerra Mundial", revelando así el carácter exhibicionista y aleccionador que Washington busca imprimir a su acción. La captura de Maduro fue seguida de su traslado inmediato a Nueva York, donde permanece detenido en el Centro de Detención Metropolitano de Brooklyn, enfrentando cargos de narcoterrorismo, conspiración para importar cocaína y delitos relacionados con armas, en lo que constituye un montaje jurídico destinado a legitimar *ex post facto* una operación militar que carece de toda base legal internacional.

Este acontecimiento plantea interrogantes fundamentales sobre la naturaleza del imperialismo contemporáneo y su evolución. ¿Estamos ante una demostración de fuerza que confirma la tesis de la decadencia del imperialismo estadounidense, obligado a recurrir a medios cada vez más brutales y abiertamente ilegales para

mantener su hegemonía? ¿O por el contrario, representa una reafirmación de su capacidad de proyección de poder que desmiente las teorías sobre su declive inexorable? La respuesta a estas preguntas requiere un análisis dialéctico que supere tanto el voluntarismo optimista de quienes celebran prematuramente el fin del imperio, como el derrotismo paralizante de quienes conciben el poder estadounidense como invencible e inmutable. Como veremos, la operación contra Venezuela revela simultáneamente la persistente capacidad destructiva del imperialismo y las profundas contradicciones que socavan sus fundamentos estructurales, generando una situación de crisis sistémica que abre posibilidades históricas inéditas pero que también encierra peligros extraordinarios.

II. ANATOMÍA DE UNA AGRESIÓN: EL OPERATIVO MILITAR DEL 3 DE ENERO

"Los bombardeos nocturnos tienen algo de crimen perfecto: se cometen cuando el mundo duerme y cuando despierta, ya todo está consumado. Solo quedan los escombros y los muertos para testimoniar lo ocurrido."

— Eduardo Galeano, *Espejos*

2.1. Los preparativos y el contexto de la escalada

La operación del 3 de enero no surgió de la nada, sino que culminó una escalada militar cuidadosamente orquestada durante meses. Desde agosto de 2025, Estados Unidos había desplegado un dispositivo aeronaval en el Caribe, justificándolo formalmente como operaciones antinarcóticos, pero constituyendo en realidad un bloqueo de facto de las costas venezolanas. Durante este período, Washington hundió más de 30 embarcaciones que intentaban romper el cerco naval, resultando en la muerte de al menos 104 personas según documentan expertos en derecho internacional de las Naciones Unidas, quienes califican estos actos como "asesinatos arbitrarios" sujetos a jurisdicción universal. En diciembre de 2025, la CIA ejecutó un ataque con drones contra instalaciones portuarias venezolanas, marcando el primer bombardeo conocido contra objetivos dentro del territorio nacional, en una clara preparación de la ofensiva final.

La administración Trump había intensificado sistemáticamente la retórica amenazante y las medidas coercitivas contra Venezuela. La recompensa por la captura de Maduro fue incrementada de 15 millones de dólares durante el primer mandato de Trump, a 25 millones en los últimos días de la administración Biden (enero de 2025), hasta alcanzar 50 millones de dólares en agosto de 2025, tras la designación formal del denominado "Cártel de los Soles" como organización terrorista extranjera. Esta escalada de la retórica antinarcóticos servía como cobertura ideológica para lo que era esencialmente una operación de cambio de régimen por la fuerza, disfrazada con el lenguaje del "combate al crimen organizado" para eludir las restricciones legales del derecho internacional sobre el uso de la fuerza entre estados.

Según reportes del New York Times, Trump autorizó a la CIA desde octubre de 2025 a preparar operaciones clandestinas en Venezuela, incluyendo el uso de drones furtivos para vigilancia permanente del territorio. La agencia habría contado además con la colaboración de una fuente infiltrada en el gobierno venezolano que proporcionó información crucial sobre la ubicación de Maduro en los días previos al ataque. Esta red de espionaje, combinada con el despliegue militar masivo, configuró las condiciones

operativas para la ejecución de una operación que, por su envergadura y complejidad, requirió meses de planificación detallada y la movilización de recursos militares, de inteligencia y diplomáticos de primer orden.

2.2. La ejecución: nocturnidad, letalidad y exhibicionismo imperial

La madrugada del 3 de enero, aproximadamente a las 2:00 AM hora de Caracas, comenzó el asalto aéreo con bombardeos simultáneos contra múltiples objetivos estratégicos. El *Cuartel de la Montaña*, que alberga el mausoleo de Hugo Chávez y constituye un símbolo político fundamental del chavismo, *fue uno de los primeros blancos, revelando la dimensión no solo militar sino también simbólica de la operación*. Otros objetivos incluyeron La Carlota, un aeródromo militar en el corazón de Caracas, y Forte Tiuna, la principal base militar del país. Los bombardeos se prolongaron durante aproximadamente dos horas, causando cortes masivos de electricidad en amplias zonas de la capital y generando un clima de terror entre la población civil que fue despertada por explosiones cuya magnitud podía sentirse a kilómetros de distancia.

Paralelamente a los bombardeos, fuerzas de operaciones especiales Delta Force ejecutaron un asalto directo a la residencia presidencial, donde Maduro y su esposa fueron extraídos por la fuerza de su dormitorio. El ministro de Defensa venezolano, Vladimir Padrino López, denunció que la operación implicó el asesinato "a sangre fría" de gran parte del equipo de seguridad presidencial, incluyendo a 32 agentes cubanos cuyas muertes fueron posteriormente confirmadas por el gobierno de La Habana, que declaró dos días de duelo nacional. Trump reconoció que hubo "*bajas en el otro lado*" y que algunos militares estadounidenses resultaron heridos cuando un helicóptero fue impactado, aunque insistió en que no se produjeron muertes entre el personal norteamericano y que todas las aeronaves fueron recuperadas.

Maduro y Flores fueron trasladados inmediatamente al USS Iwo Jima, un buque de asalto anfibio que se encontraba frente a las costas venezolanas, desde donde fueron transportados en avión militar hasta Nueva York. Las imágenes difundidas por Trump en su plataforma Truth Social muestran a Maduro esposado y custodiado por personal militar estadounidense, en lo que constituye un ejercicio deliberado de humillación pública destinado a proyectar una imagen de omnipotencia imperial ante audiencias tanto domésticas como internacionales. Esta exhibición fotográfica del presidente venezolano reducido a la condición de prisionero común forma parte de una estrategia de comunicación que busca legitimar la operación mediante la "espectacularización" de la victoria militar, apelando a la tradicional fascinación estadounidense por las demostraciones de fuerza y el culto a la acción militar decisiva.

2.3. La justificación jurídica: un montaje para la historia

La fiscal general estadounidense Pamela Bondi emitió un comunicado conjunto con el Departamento de Justicia, el FBI y la DEA presentando la operación como la ejecución de una orden de arresto legal contra individuos acusados de dirigir una organización narcoterrorista. *Esta narrativa, sin embargo, no resiste el más mínimo escrutinio jurídico serio*. Como señalan múltiples expertos en derecho internacional, incluidos análisis publicados en medios jurídicos especializados, la captura forzosa de un jefe de estado en ejercicio en territorio de su propio país mediante una operación militar constituye una violación múltiple y flagrante del derecho internacional consuetudinario y convencional.

En primer lugar, viola el principio de soberanía estatal recogido en el artículo 2, párrafo 1 de la Carta de las Naciones Unidas, que constituye uno de los pilares fundamentales del orden internacional posterior a 1945. En segundo lugar, contraviene frontalmente la prohibición del uso de la fuerza establecida en el artículo 2, párrafo 4 de la misma Carta, que prohíbe a los estados miembros "recurrir a la amenaza o al uso de la fuerza contra la integridad territorial o la independencia política de cualquier Estado". En tercer lugar, *vulnera el principio de no intervención en los asuntos internos de los estados*, desarrollado por la Resolución 2625 de la Asamblea General sobre Principios de Derecho Internacional. Y, en cuarto lugar, viola la inmunidad de jurisdicción de la que gozan los jefes de estado en ejercicio según el derecho internacional consuetudinario, reconocida incluso por tribunales internacionales como la Corte Internacional de Justicia.

El intento de justificar la operación como simple ejecución de una orden judicial doméstica por cargos de narcotráfico resulta jurídicamente insostenible. Los precedentes invocados por algunos comentaristas, como los casos de Manuel Noriega (1990), Adolf Eichmann (1960) o Saddam Hussein (2003), no constituyen precedentes legales válidos sino precisamente ejemplos de violación del derecho internacional que no pueden servir para legitimar nuevas violaciones. Como señala el jurista Martti Koskeniemi, ex juez de la Corte Internacional de Justicia, en su obra "The Gentle Civilizer of Nations", el uso selectivo de precedentes para justificar violaciones del derecho internacional constituye una forma de instrumentalización cínica del orden jurídico que socava sus propios fundamentos. La creación de "excepciones" basadas en la supuesta criminalidad del objetivo no hace sino establecer un precedente peligrosísimo donde la calificación unilateral por parte de una potencia de un gobernante extranjero como "criminal" se convierte en justificación suficiente para intervenciones militares, abriendo la puerta a un retorno al estado de naturaleza *hobbesiano* en las relaciones internacionales.

III. LA RESPUESTA LATINOAMERICANA: ENTRE LA DIGNIDAD Y LA CAPITULACIÓN

"Yo tengo un pacto de sangre con mi pueblo. Si me lo tocan, tengo que defenderlo. Si lo defienden, tengo que estar con él. América no se ha dividido jamás sino para sucumbir."

— Pablo Neruda, *Confieso que he vivido*

3.1. Las condenas formales y sus limitaciones

La respuesta inmediata de los gobiernos latinoamericanos ante la agresión estadounidense reveló una región profundamente dividida y mayormente carente de capacidad efectiva para defender la soberanía de uno de sus miembros. Colombia, bajo la presidencia de Gustavo Petro, solicitó formalmente la convocatoria urgente del Consejo de Seguridad de la ONU y emitió declaraciones condenando la operación militar como violación del derecho internacional. Esta posición fue compartida por México, Brasil, Chile, España y Uruguay, que rechazaron conjuntamente "las acciones militares ejecutadas unilateralmente en territorio de Venezuela". La Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños (CELAC) fue convocada de urgencia para

establecer una posición regional común, y varios gobiernos exigieron la liberación inmediata de Maduro y el retiro de las fuerzas militares estadounidenses del Caribe. Sin embargo, estas condenas formales, aunque políticamente significativas, carecen de toda eficacia práctica en ausencia de medidas concretas que las respalden. Ninguno de los gobiernos latinoamericanos que condenaron la operación adoptó sanciones económicas contra Estados Unidos, rompió relaciones diplomáticas, o propuso acciones colectivas de carácter coercitivo que pudieran modificar el cálculo estratégico de Washington. La convocatoria de la CELAC, aunque simbólicamente importante, no resultó en ninguna medida efectiva más allá de declaraciones de principio. Como señaló el canciller venezolano Yván Gil, la región enfrenta la necesidad de "*asumir que Venezuela sigue bajo amenaza*" y que la presencia militar estadounidense en el Caribe constituye una amenaza permanente para toda América Latina, pero estas advertencias no se tradujeron en acciones coordinadas de defensa colectiva.

La limitación fundamental de la respuesta latinoamericana radica en la fragmentación política de la región y en la dependencia estructural de sus economías respecto del sistema imperialista global dominado por Estados Unidos. Brasil, la mayor economía regional, enfrenta sus propias tensiones internas entre sectores que simpatizan con la línea de Lula de defensa del multilateralismo y aquellos vinculados a los intereses empresariales y militares que favorecen el alineamiento con Washington. México, bajo la presidencia de Claudia Sheinbaum, condenó formalmente la operación citando el artículo 2 de la Carta de la ONU, pero se abstuvo de adoptar medidas concretas que pudieran poner en riesgo sus relaciones económicas con su vecino del norte, del cual depende fundamentalmente su economía. Colombia, a pesar del liderazgo personal de Petro en la denuncia de la agresión, carece de la capacidad militar y económica para emprender acciones significativas unilateralmente y enfrenta fuertes presiones internas de sectores oligárquicos alineados con Estados Unidos.

3.2. Las celebraciones de la derecha continental: el proyecto de recolonización

Frente a las condenas de los gobiernos progresistas, sectores significativos de las derechas latinoamericanas celebraron abiertamente la intervención estadounidense como una "liberación" de Venezuela. Figuras de la extrema derecha como Santiago Abascal de VOX y sectores del Partido Popular español aplaudieron lo que calificaron como "restauración de la democracia", mientras que en Miami se produjeron manifestaciones de júbilo entre sectores del exilio venezolano que veían realizado su anhelo de un cambio de régimen por la fuerza. El jefe de Gobierno de Buenos Aires, Jorge Macri, celebró el operativo militar compartiendo videos de manifestaciones en el Obelisco, afirmando que "el 3 de enero quedará marcado como un día histórico". En España, Isabel Díaz Ayuso criticó al gobierno de Pedro Sánchez por no haber apoyado con suficiente entusiasmo los esfuerzos para "liberar al pueblo de Venezuela".

Esta división de la región entre un campo progresista que condena formalmente, pero se muestra impotente para actuar, y un campo derechista que aplaude y legitima la intervención imperial, revela la profundidad de la crisis de soberanía y autodeterminación que atraviesa América Latina. La derecha continental ha abandonado completamente todo vestigio de nacionalismo burgués latinoamericanista para convertirse en agente consciente y entusiasta del proyecto imperialista de recolonización regional. Figuras como Javier Milei en Argentina, que mantiene estrechas

relaciones con Trump, o María Corina Machado en Venezuela, quien fue galardonada con el Premio Nobel de la Paz 2025 precisamente *como parte de la operación de preparación ideológica de la intervención*, representan una burguesía compradora que ha hecho de su subordinación al imperialismo no solo una estrategia de supervivencia sino una identidad política explícita.

El caso de Machado resulta particularmente revelador de los mecanismos de legitimación ideológica de la intervención imperial. Su designación como Premio Nobel de la Paz en 2025, apenas meses antes de la operación militar, forma parte de una sofisticada operación de propaganda que busca presentar la agresión como una acción humanitaria en defensa de la democracia. Esta instrumentalización del lenguaje de los derechos humanos y la democracia para legitimar operaciones de cambio de régimen violento constituye un patrón bien establecido del imperialismo contemporáneo, pero que continúa siendo efectivo gracias a la complicidad de sectores significativos de las élites culturales, académicas y mediáticas occidentales.

3.3. El silencio de la oposición: ausencia de alternativas progresistas

Lo más preocupante de la situación venezolana, sin embargo, no es tanto la reacción predecible de la derecha abiertamente pro-imperialista, sino la ausencia casi total de voces progresistas venezolanas capaces de articular una alternativa a la polarización entre el chavismo y la oposición golpista.

Debe establecerse con claridad meridiana que la oposición venezolana no constituye ni puede constituir alternativa progresista alguna al gobierno bolivariano. Edmundo González Urrutia, presentado por gobiernos occidentales como "presidente electo" tras las controvertidas elecciones de julio de 2024, emitió tras la captura de Maduro un mensaje que confirma la total subordinación de la oposición al proyecto intervencionista: afirmó que "son horas decisivas" y que están "listos para la gran operación de reconstrucción de nuestra nación", sin condenar la invasión militar estadounidense ni rechazar las declaraciones de Trump de que Estados Unidos "gobernará" Venezuela. Esta posición no es accidental sino expresión de la naturaleza de clase de una oposición que representa los intereses de sectores burgueses dispuestos a convertir a Venezuela en protectorado imperial a cambio de recuperar el control del aparato estatal y de la renta petrolera.

Frente a esta oposición abiertamente entreguista, el gobierno bolivariano, con todas sus contradicciones, degeneraciones burocráticas y errores, ha representado históricamente la defensa de conquistas sociales fundamentales para las clases populares venezolanas. El problema fundamental del proceso bolivariano no ha sido un exceso de radicalismo o autoritarismo, como pretende la narrativa liberal, sino precisamente lo contrario: la insuficiencia de las transformaciones socialistas efectivamente implementadas y la progresiva burocratización de un proceso que debió profundizarse mediante la instauración del control obrero de la economía, la planificación democrática de la producción bajo dirección de los trabajadores organizados, y el desarrollo de formas genuinas de democracia proletaria que superaran tanto el parlamentarismo burgués como la concentración burocrática del poder.

El chavismo intentó construir el socialismo del siglo XXI manteniendo intactas estructuras fundamentales del capitalismo: la propiedad privada sobre la mayoría de los medios de producción, el mercado como mecanismo fundamental de asignación de recursos, y una burocracia estatal crecientemente separada de las masas y

controladora de los mecanismos de decisión. Esta contradicción estructural, combinada con el sabotaje económico imperialista, generó las crisis que debilitaron el apoyo popular y crearon las condiciones para la intervención. La lección fundamental no es que Venezuela fue "demasiado lejos" en su proyecto de transformación, sino que no fue suficientemente lejos: no expropió a la burguesía cuando debió hacerlo, no implementó control obrero cuando los trabajadores lo demandaban, no construyó economía planificada cuando la rentista se colapsaba, y permitió que lo peor del PSUV, los burócratas corruptos vinculados al autoritarismo sin proyecto revolucionario, se hiciera progresivamente con la dirección del proceso.

Esta situación plantea lecciones fundamentales para toda América Latina, pero no las que extrae el reformismo progresista. La experiencia venezolana no demuestra los peligros del socialismo sino los peligros de intentar construir el socialismo a medias, de combinar retórica radical con pragmatismo capitalista, de confiar en una burocracia estatal en lugar de en la auto-organización de la clase trabajadora. Los gobiernos progresistas de la región que pretenden extraer la lección de que hay que ser "moderados", "pragmáticos", "respetuosos de la institucionalidad burguesa", están condenados a repetir el fracaso del reformismo histórico: o capitularán ante las presiones imperialistas y burguesas, o serán derrocados cuando intenten resistir sin haber construido las bases materiales y organizativas para esa resistencia. La única lección válida es que la transformación socialista requiere precisamente lo que el chavismo no logró consolidar: economía planificada bajo control obrero, armamento del pueblo trabajador, democracia proletaria efectiva, y ruptura completa con las estructuras del capitalismo, no su administración reformista. Solo desde estas bases materiales es posible resistir efectivamente tanto la agresión imperialista externa como la degeneración burocrática interna.

IV. EUROPA: EL FRACASO ESTRATÉGICO DEL 'BUENISMO' IMPERIALISTA

*«Europa no sabe lo que quiere, pero sabe muy bien a quién obedecer.»
— Stefan Zweig, El mundo de ayer (Acantilado)*

4.1. La respuesta tibia: entre la cobardía y la complicidad

La respuesta de la Unión Europea ante la agresión estadounidense contra Venezuela ha sido un *ejercicio magistral de hipocresía diplomática y cobardía estratégica* que confirma la bancarrota política y moral del proyecto europeo en su configuración actual. La Alta Representante para Política Exterior, Kaja Kallas, emitió el domingo 4 de enero una declaración respaldada por 26 de los 27 estados miembros (con la notable excepción de la Hungría de Viktor Orbán, paradójicamente la única dispuesta a disentir abiertamente de la posición atlantista) que se limita a pedir "moderación a todos los actores" y a recordar que "en cualquier circunstancia, deben respetarse los principios del derecho internacional y la Carta de las Naciones Unidas". Esta formulación deliberadamente equidistante entre agresor y víctima, que pone en el mismo plano al país que ejecuta una operación militar masiva y al país que la sufre, constituye una abdicación moral e intelectual que revela la total subordinación de la diplomacia europea a los intereses estratégicos estadounidenses.

La tibieza de la respuesta europea resulta aún más escandalosa si se la contrasta con la vehemencia con que Bruselas condena violaciones del derecho internacional cuando estas son atribuibles a adversarios geopolíticos como Rusia o China. La invasión rusa de Ucrania en febrero de 2022 generó una respuesta europea de sanciones masivas e inmediatas, suministro militar directo al país agredido, acogida de millones de refugiados y una movilización mediática y política sin precedentes en defensa de la soberanía ucraniana y el derecho internacional. Frente a la agresión estadounidense contra Venezuela, por el contrario, Europa se limita a declaraciones genéricas sobre el respeto a principios abstractos, sin mencionar siquiera la posibilidad de sanciones contra Washington ni expresar solidaridad concreta con el pueblo venezolano. Esta doble moral no es producto de la confusión o la ignorancia, sino de una decisión política consciente de priorizar la alianza atlántica sobre cualquier consideración de principio o coherencia normativa.

Las reacciones de gobiernos europeos individuales confirman esta línea general de complicidad vergonzante. El gobierno español de Pedro Sánchez, que se presenta como progresista y ha mantenido históricamente vínculos especiales con América Latina, emitió una condena de la operación calificándola de "contraria al derecho internacional", pero sin adoptar medida concreta alguna ni proponer acción europea coordinada. El canciller alemán Friedrich Merz se mostró aún más cauto, afirmando que la intervención "es compleja y requiere una cuidadosa consideración", en lo que constituye un eufemismo diplomático para no tomar posición clara. Francia guardó un silencio casi total. Italia, bajo el gobierno de extrema derecha de Giorgia Meloni, se alineó implícitamente con la posición estadounidense. Y el Reino Unido post-Brexit, ya formalmente fuera de la UE pero todavía referente estratégico para muchos estados miembros, mostró apoyo discreto a la operación.

4.2. La impotencia estratégica: el precio del buenismo sin poder

Más allá de la cobardía moral de la respuesta europea, lo que la crisis venezolana revela con brutal claridad es la impotencia estratégica fundamental de la Unión Europea como actor geopolítico. Como señala acertadamente un análisis publicado en el diario español Mundiario¹ Europa permanece "al margen" mientras otros actores "toman decisiones de enorme calado". Esta marginalidad no es accidental sino estructural, producto de décadas de una política exterior que ha privilegiado el "poder blando", la diplomacia normativa y las sanciones económicas como herramientas principales de influencia internacional, renunciando deliberadamente al desarrollo de capacidades militares autónomas y de una voluntad política independiente de Estados Unidos en cuestiones estratégicas fundamentales.

El resultado de esta opción histórica es que cuando se producen crisis que requieren respuestas que vayan más allá de declaraciones y sanciones económicas, Europa se encuentra completamente desarmada, tanto material como políticamente. No dispone de capacidad de proyección militar significativa fuera de su vecindad inmediata. No ha desarrollado una industria de defensa verdaderamente integrada que le permita actuar autónomamente de la OTAN dominada por Estados Unidos. Y, sobre todo, no ha cultivado la voluntad política colectiva necesaria para desafiar las preferencias

¹ <https://www.mundiario.com/articulo/opiniones/trump-desata-terremoto-geopolitico-capturar-maduro-aviso-europa-buenismo-ha-muerto/20260105040353369305.html>

estratégicas de Washington cuando estas entran en conflicto con el derecho internacional o los intereses europeos. Esta combinación de debilidad militar y subordinación política convierte a Europa en un actor internacional de segunda categoría, condenado a limitarse a gestos simbólicos y declaraciones de principio que nadie toma en serio.

La crisis venezolana expone así la falacia fundamental del proyecto europeo tal como ha sido concebido desde la Guerra Fría: la idea de que es posible ser una potencia moral e influir significativamente en los asuntos mundiales mediante el ejemplo, la normatividad jurídica y los incentivos económicos, sin disponer de capacidades militares creíbles ni voluntad de usarlas cuando sea necesario. Esta ilusión del "buenismo" como alternativa al poder coercitivo funcionó relativamente bien durante la unipolaridad estadounidense posterior a 1991, cuando Europa podía presentarse como el rostro civilizado de un orden occidental liderado militarmente por Washington. Pero en un mundo crecientemente multipolar, donde Estados Unidos actúa cada vez más unilateralmente y otros poderes como China y Rusia desafían abiertamente las reglas del orden liberal, el modelo europeo de influencia sin poder se revela completamente ineficaz.

4.3. Las contradicciones del imperialismo europeo contemporáneo

Sería un error, sin embargo, interpretar la impotencia europea en la crisis venezolana como evidencia de que Europa ha dejado de ser una potencia imperialista. Lo que estamos presenciando no es el fin del imperialismo europeo sino su mutación en una forma específica de imperialismo subordinado, donde las burguesías europeas aceptan su papel secundario en el sistema imperial global a cambio de mantener su posición privilegiada en la jerarquía mundial de explotación y apropiación del valor. Europa continúa siendo el principal beneficiario del sistema de intercambio desigual que estructura la economía mundial, extrayendo riqueza sistemática del Sur global a través de mecanismos comerciales, financieros y de propiedad intelectual. Sus corporaciones multinacionales operan en todos los continentes despojando recursos, precarizando trabajadores y contaminando ecosistemas. Y sus instituciones financieras juegan un papel central en los circuitos de acumulación del capital global.

Lo que Europa ha renunciado es a la dimensión militar directa del imperialismo, delegándola efectivamente en Estados Unidos dentro del marco de la OTAN. Esta división del trabajo imperial permite a las burguesías europeas disfrutar de los beneficios materiales de la dominación global mientras se presentan ideológicamente como defensoras del multilateralismo, los derechos humanos y el derecho internacional. Es un *imperialismo con mala conciencia*, que necesita constantemente justificarse mediante discursos humanitarios y que entra en crisis cada vez que la violencia inherente al mantenimiento del orden imperial se hace demasiado explícita, como en el caso venezolano. De ahí la formulación esquizofrénica de la respuesta europea: condena formal de la violación del derecho internacional combinada con abstención práctica de cualquier medida que pueda dañar seriamente la relación con Estados Unidos.

Esta contradicción se manifiesta con particular claridad en el contraste entre la respuesta europea a Venezuela y su posición ante la guerra en Gaza, donde Israel ha matado a decenas de miles de civiles palestinos en operaciones que múltiples organismos internacionales han calificado como posibles crímenes de guerra y genocidio. Tanto en Gaza como en Venezuela, estamos ante violaciones masivas del

derecho internacional humanitario ejecutadas por aliados estratégicos de Occidente. Pero mientras en el caso palestino Europa ha mantenido (con variaciones según gobiernos) un cierto nivel de crítica retórica e incluso algunos estados han reconocido al Estado palestino, en el caso venezolano la respuesta ha sido de complicidad casi total. La diferencia radica en que en Medio Oriente Europa tiene intereses económicos y políticos propios que la llevan a mantener cierta distancia de las posiciones israelíes más extremas, mientras que en Venezuela no percibe ningún interés estratégico que justifique desafiar a Washington.

V. LAS INSTITUCIONES INTERNACIONALES: SEPULTURERAS DE SÍ MISMAS

"Inter arma enim silent leges"
(Entre armas, las leyes callan)
— Marco Tulio Cicerón, Pro Milone

5.1. El Consejo de Seguridad: la ONU ante su propia irrelevancia

La agresión estadounidense contra Venezuela y la respuesta de las instituciones internacionales ante ella constituyen uno de los episodios más reveladores de la profunda crisis de legitimidad y eficacia que atraviesa el orden jurídico-político internacional establecido tras la Segunda Guerra Mundial. Venezuela solicitó formalmente una reunión de emergencia del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, que se celebró el lunes 5 de enero a las 10:00 AM hora de Nueva York bajo el título "Amenazas a la paz y a la seguridad internacionales". Colombia, que ostenta actualmente un asiento en el Consejo, apoyó formalmente la convocatoria. La reunión contó además con el respaldo de Rusia, China, Irán y otros estados que denunciaron la operación como violación flagrante de la Carta de la ONU. Sin embargo, como era completamente predecible, el Consejo no adoptó ninguna resolución condenatoria ni medida concreta contra Estados Unidos, bloqueada por el veto estadounidense y el apoyo de sus aliados occidentales.

Esta parálisis institucional del Consejo de Seguridad no es nueva ni sorprendente, pero su repetición constante ante violaciones cada vez más flagrantes del derecho internacional está erosionando aceleradamente la legitimidad del sistema de Naciones Unidas en su conjunto. El mecanismo del veto de las cinco potencias permanentes, diseñado originalmente como reconocimiento realista del peso de los grandes poderes en el mantenimiento de la paz internacional, se ha convertido en una herramienta de impunidad sistemática para las potencias dominantes y sus aliados. Estados Unidos ha vetado decenas de resoluciones que condenan acciones israelíes en los territorios ocupados. Rusia ha bloqueado resoluciones sobre Siria. China ha impedido acciones sobre Myanmar. Y así sucesivamente, en un círculo vicioso donde cada potencia utiliza su veto para proteger a sus aliados, *convirtiendo al Consejo en un foro de legitimación selectiva de violaciones del derecho internacional en función de las alianzas geopolíticas.*

El caso venezolano resulta paradigmático porque involucra a la propia potencia hegemónica del orden internacional actuando directamente como agresor, no a través de un aliado intermediario. Esto plantea una contradicción fundamental: *¿cómo puede un sistema de derecho internacional mantener su legitimidad cuando la potencia que*

más ha insistido retóricamente en la importancia del "orden basado en reglas" viola abierta y masivamente sus principios fundamentales sin consecuencia alguna? La respuesta es que no puede. Lo que estamos presenciando es el proceso de deslegitimación acelerada de un orden internacional que reveló siempre ser un orden imperial disfrazado de sistema jurídico universal, donde las reglas se aplican a los débiles y se suspenden para los fuertes.

5.2. Guterres y la impotencia de la autoridad moral sin poder

El Secretario General de la ONU, António Guterres, emitió una declaración expresando "gran alarma" por el ataque militar estadounidense y calificándolo como "un precedente peligroso" que pone en riesgo el orden internacional. El Alto Comisionado para los Derechos Humanos, Volker Türk, instó a "actuar con moderación" y respetar la Carta de las Naciones Unidas. La presidenta de la Asamblea General se refirió al artículo 2 de la Carta que prohíbe el uso de la fuerza. Estas declaraciones resultan completamente ineficaces para modificar la situación sobre el terreno o imponer consecuencias a Estados Unidos por sus acciones. Guterres no dispone de ningún instrumento coercitivo para hacer cumplir el derecho internacional. No puede imponer sanciones, no puede ordenar intervenciones de mantenimiento de paz, no puede siquiera garantizar que sus declaraciones sean tomadas en serio por las grandes potencias.

Esta impotencia estructural del Secretario General refleja un problema más amplio del sistema de Naciones Unidas: la brecha abismal entre el discurso normativo sobre el derecho internacional y la realidad efectiva del poder en las relaciones internacionales. La ONU fue diseñada como un compromiso entre el idealismo wilsoniano de un gobierno mundial democrático y el realismo de los estadistas que reconocían la persistencia del sistema de estados soberanos y el papel de las grandes potencias. El resultado fue una arquitectura institucional híbrida donde la Asamblea General representa formalmente la igualdad soberana de todos los estados, el Consejo de Seguridad reconoce el poder especial de los cinco vencedores de la Segunda Guerra Mundial, y el Secretario General funciona como mediador diplomático sin autoridad ejecutiva real.

Este sistema funcionó relativamente bien (dentro de sus obvias limitaciones) durante la Guerra Fría, cuando la bipolaridad impedía que cualquiera de los dos bloques actuara con total impunidad. Funcionó peor pero todavía operativamente durante la unipolaridad estadounidense de los años 90 y 2000, cuando Washington podía ignorar ocasionalmente a la ONU (como en la invasión de Irak en 2003) pero generalmente prefería obtener algún tipo de legitimación multilateral para sus acciones. Pero en la fase actual de transición hacia un mundo multipolar donde Estados Unidos se resiste violentamente a aceptar el declive de su hegemonía, el sistema de Naciones Unidas se revela completamente inadecuado para contener las tendencias hacia la fragmentación del orden internacional y el recurso creciente a la fuerza unilateral.

5.3. La decadencia institucional como síntoma de la crisis imperial

La crisis de las instituciones internacionales no es causa sino síntoma de una crisis más profunda del orden imperial global que se estableció tras 1945 y que experimentó su momento de máxima expansión tras el colapso de la Unión Soviética en 1991. Durante décadas, instituciones como la ONU, el FMI, el Banco Mundial, la OMC y diversas organizaciones regionales funcionaron como mecanismos de gobernanza del capitalismo global, combinando elementos de cooperación multilateral con la

preservación fundamental de la jerarquía imperial entre centro y periferia. Este sistema, aunque profundamente desigual e injusto, ofrecía ciertas ventajas incluso para muchos países subordinados: reglas relativamente predecibles, mecanismos de resolución de disputas, canales de negociación y cierto grado de protección contra la intervención unilateral más brutal.

Lo que estamos presenciando ahora es la descomposición acelerada de este sistema de gobernanza multilateral bajo la presión de múltiples crisis convergentes: el declive relativo pero no absoluto del poder estadounidense; el ascenso de China como rival sistémico; la incapacidad del capitalismo neoliberal para generar crecimiento sostenido y legítimo; las crisis ecológicas crecientemente catastróficas; y las tensiones geopolíticas exacerbadas por la competencia inter-imperial por recursos cada vez más escasos. En este contexto, las potencias dominantes recurren crecientemente a métodos de dominación más crudos y directos, abandonando la pretensión de operar dentro de marcos jurídicos multilaterales que perciben como obstáculos a sus intereses inmediatos.

La operación contra Venezuela debe entenderse en este contexto más amplio. No es un episodio aislado sino parte de un patrón de comportamiento donde Estados Unidos demuestra cada vez menos respeto por las instituciones internacionales que él mismo contribuyó a crear. Trump retiró a Estados Unidos del Acuerdo de París sobre cambio climático, del acuerdo nuclear con Irán, de la UNESCO, y amenazó repetidamente con abandonar la OTAN si los aliados europeos no aumentaban sus gastos militares. Esta política de «*América First*» llevada al extremo representa no simplemente un cambio de estilo diplomático sino una transformación cualitativa en la forma de ejercicio del poder imperial, donde la hegemonía consentida da paso crecientemente a la dominación impuesta. Y cuando la dominación no puede ejercerse mediante mecanismos institucionales, se recurre directamente a la fuerza militar, como en Venezuela.

VI. ¿DECADENCIA O REAFIRMACIÓN DEL IMPERIALISMO ESTADOUNIDENSE?

"Del río que todo lo arranca se dice que es violento, pero nadie llama violento al lecho que lo oprime."

— Bertolt Brecht, Poemas y canciones

6.1. La tesis de la decadencia: fundamentos y límites

Una corriente significativa del análisis marxista y anti-imperialista ha sostenido en las últimas décadas la tesis del declive inevitable del imperialismo estadounidense. Esta interpretación se basa en diversos indicadores objetivos: la erosión de la supremacía económica de Estados Unidos frente al ascenso de China y otras potencias emergentes; el deterioro de su hegemonía cultural e ideológica evidenciado en el desprestigio global de sus valores e instituciones; las derrotas militares acumuladas en Irak, Afganistán y otros teatros de intervención; la polarización política interna y la crisis de legitimidad de sus instituciones democráticas; y la creciente incapacidad del dólar para mantener su posición como única moneda de reserva mundial ante los intentos de diversificación de diversos países y bloques regionales.

Estos indicadores son reales y significativos. La participación de Estados Unidos en el PIB mundial ha caído de aproximadamente el 50% en 1945 al 40% en 1960, 25% en 1990,

y alrededor del 15% en la actualidad (según paridad de poder adquisitivo). China la superó como primera economía mundial en términos de PPP en 2014 y podría superarla en términos nominales en la próxima década. El déficit comercial estadounidense es estructural y crónico, sostenido solo por el privilegio exorbitante del dólar como moneda de reserva que permite a Washington financiar su consumo y su aparato militar mediante la emisión de deuda. La infraestructura física del país está en estado de deterioro avanzado. Los niveles de desigualdad han alcanzado extremos no vistos desde la Edad Dorada. Sin embargo, interpretar estos indicadores como evidencia de un declive inexorable e irreversible del poder imperial estadounidense constituye un error de análisis con importantes consecuencias políticas. La historia del imperialismo moderno muestra que los períodos de crisis y ajuste estructural pueden ser también momentos de reconstitución y transformación de las formas de dominación imperial. Gran Bretaña mantuvo su imperio durante décadas después de haber perdido su supremacía industrial frente a Estados Unidos y Alemania a finales del siglo XIX. Estados Unidos consolidó su hegemonía global precisamente cuando enfrentaba la crisis de Vietnam y el colapso del sistema de Bretton Woods en los años 70. Lo que importa no es solo la medición de indicadores económicos o militares aislados, sino la capacidad del sistema imperial de adaptarse a nuevas condiciones, generar nuevas formas de acumulación y preservar mediante transformación su posición dominante en la jerarquía mundial.

6.2. La operación Venezuela: manifestación de fuerza y señal de debilidad

La operación militar contra Venezuela puede interpretarse simultáneamente como demostración de la persistente capacidad destructiva del imperialismo estadounidense y como síntoma de su creciente desesperación estratégica. Por un lado, la operación demostró que Estados Unidos conserva una superioridad militar abrumadora sobre cualquier país periférico y puede ejecutar operaciones militares complejas en cualquier lugar del hemisferio occidental con impunidad práctica. La capacidad de planificar, coordinar y ejecutar en pocas horas una operación que involucró bombardeos quirúrgicos, asalto de fuerzas especiales, extracción de prisioneros de alto valor y proyección de poder aeronaval masivo, muestra que el Pentágono mantiene capacidades operativas sin rival en el mundo. Ninguna otra potencia podría haber ejecutado una operación similar a miles de kilómetros de sus costas con tal precisión y eficacia.

Por otro lado, sin embargo, la decisión de recurrir a una intervención militar directa tan flagrante en lugar de métodos más sofisticados de cambio de régimen revela importantes debilidades y limitaciones. Durante décadas, Estados Unidos logró derrocar gobiernos adversos en América Latina mediante combinaciones de presión económica, aislamiento diplomático, financiación de oposiciones internas, operaciones encubiertas de desestabilización y, cuando era necesario, golpes militares ejecutados por actores locales con apoyo externo discreto. Este modelo de intervención indirecta tenía la ventaja de mantener la ficción de no intervención y permitir a Washington negar su responsabilidad directa. El recurso a una operación militar abierta y masiva sugiere que estos métodos tradicionales habían fracasado en el caso venezolano, obligando a Estados Unidos a recurrir a la violencia descarnada como último recurso.

Esta dialéctica entre capacidad y desesperación se refleja en las declaraciones del propio Trump, quien osciló entre la jactancia extrema («ninguna nación podría haber conseguido lo que Estados Unidos logró», «un ataque espectacular como no se había visto desde la Segunda Guerra Mundial») y el reconocimiento implícito de las dificultades que enfrenta («no descartamos poner botas en el terreno si es necesario»). La insistencia en el carácter excepcional de la operación, su comparación con la Segunda Guerra Mundial, sugiere que incluso para sus ejecutores esto representa un salto cualitativo en la disposición a usar la fuerza militar directa, *un rubicón* que se cruza no por elección preferida sino por agotamiento de alternativas menos costosas y arriesgadas.

6.3. La dialéctica del declive imperial: más violencia, menos hegemonía

La clave para comprender la aparente contradicción entre decadencia y capacidad destructiva radica en distinguir entre hegemonía y dominación, entre poder hegemónico y poder coercitivo. Como teorizó Antonio Gramsci, la hegemonía implica la capacidad de una clase dominante (o en el plano internacional, de una potencia imperial) de presentar sus intereses particulares como intereses universales, de obtener el consentimiento activo o pasivo de los dominados, de ejercer liderazgo intelectual y moral además de dominio económico y político. La dominación pura, en cambio, se basa en la coerción directa, en la imposición de la voluntad mediante la fuerza o la amenaza de su uso, sin mediación ideológica significativa ni construcción de consenso. Lo que caracteriza la trayectoria del imperialismo estadounidense en las últimas décadas es precisamente la transición progresiva de hegemonía a dominación, de liderazgo consentido a imposición forzada. Durante la Guerra Fría y especialmente tras el colapso soviético, Estados Unidos ejerció una forma de hegemonía imperial basada en la combinación de supremacía militar, económica y cultural, donde la adhesión al «orden liberal internacional» era presentada y en cierta medida vivida por muchos como sinónimo de progreso, democracia y prosperidad. Las intervenciones militares se justificaban mediante narrativas humanitarias y democratizadoras que encontraban eco en sectores significativos de las élites globales e incluso de movimientos progresistas. Esta capacidad hegemónica se ha erosionado dramáticamente en el siglo XXI. Las guerras de Irak y Afganistán, la crisis financiera de 2008, la llegada de Trump al poder, el manejo catastrófico de la pandemia de COVID-19, el apoyo inquebrantable al genocidio israelí en Gaza, y ahora la agresión descarada contra Venezuela, han destruido sistemáticamente la credibilidad del discurso universalista estadounidense. Cada vez más países y pueblos perciben a Estados Unidos no como líder de un orden internacional basado en reglas, sino como un imperio decadente pero todavía peligroso, dispuesto a recurrir a cualquier medio para preservar su dominación, incluido el terrorismo de Estado y la violación masiva del derecho internacional.

En este sentido, la operación contra Venezuela confirma más que contradice la tesis de la decadencia del imperialismo estadounidense. Pero se trata de una decadencia que no implica desaparición pacífica o automática, sino una transición hacia formas de ejercicio del poder imperial cada vez más brutales, menos mediadas institucionalmente, más dependientes de la fuerza militar directa. Es la decadencia de un imperio que, incapaz de mantener su hegemonía mediante el consentimiento y el liderazgo, recurre crecientemente a la coerción y la violencia desnuda. Y esta es precisamente la forma más peligrosa de decadencia imperial, porque un imperio que

pierde capacidad hegemónica pero conserva superioridad militar puede causar estragos catastróficos en su resistencia desesperada a aceptar un orden multipolar que percibe como amenaza existencial.

6.4. El factor Trump: personalización y radicalización del imperialismo

Es imposible analizar la operación contra Venezuela sin considerar el papel específico de Donald Trump y el trumpismo como fenómeno político. Trump representa una fracción de la burguesía estadounidense que ha llegado a la conclusión de que el multilateralismo liberal que caracterizó la hegemonía estadounidense posterior a 1945 ya no sirve a los intereses del país y debe ser reemplazado por una política imperial más descarada y transaccional. Esta perspectiva rechaza las pretensiones universalistas del liberalismo wilsoniano, considera las instituciones internacionales como cargas innecesarias, y concibe las relaciones internacionales como juego de suma cero donde el objetivo es maximizar las ganancias estadounidenses sin consideración por efectos sobre aliados o el sistema internacional en su conjunto.

Esta orientación no es simplemente expresión de la personalidad de Trump sino reflejo de transformaciones estructurales más profundas en el capitalismo estadounidense y su posición en la economía mundial. La desindustrialización, la financiarización, la concentración extrema de la riqueza, y la crisis de legitimidad de las instituciones democráticas, han generado sectores de la élite estadounidense que ya no creen en las virtudes del libre comercio multilateral ni en los beneficios del liderazgo global ejercido con restricciones institucionales. Para estos sectores, representados paradigmáticamente por Trump pero no limitados a él, la solución a la crisis estadounidense pasa por una política neo-mercantilista agresiva, proteccionismo selectivo, explotación descarada de recursos ajenos (como el petróleo venezolano), y disposición a usar la fuerza militar sin restricciones legales o morales significativas.

La operación contra Venezuela lleva la firma inconfundible de esta lógica trumpista. La justificación del ataque mediante acusaciones de narcotráfico que nadie toma en serio, la exhibición grotesca de Maduro capturado como trofeo, las declaraciones explícitas sobre tomar el control del petróleo venezolano; la amenaza desembozada de ocupación militar prolongada si fuera necesario, la total indiferencia ante las protestas internacionales: todo esto representa una radicalización cualitativa de las formas de ejercicio del poder imperial que, si bien continúa lógicas establecidas, las lleva a extremos que habrían sido impensables incluso hace una década. Y esto plantea la preocupante posibilidad de que, independientemente de quién gane las próximas elecciones estadounidenses, elementos importantes de esta lógica trumpista se hayan normalizado e institucionalizado en el establishment de política exterior.

VII. PERSPECTIVAS PARA AMÉRICA LATINA: RESISTENCIA Y ALTERNATIVAS

"Mucha gente pequeña, en lugares pequeños, haciendo cosas pequeñas, puede cambiar el mundo."

— Eduardo Galeano, *El libro de los abrazos*

7.1. El imperativo de la unidad: más allá de la retórica integracionista

La agresión contra Venezuela plantea con urgencia renovada la cuestión de la integración y la unidad latinoamericana como condición de supervivencia frente al imperialismo. Durante décadas, el discurso integracionista ha sido un lugar común en la retórica política regional, materializado en múltiples instituciones y tratados: CELAC, UNASUR, ALBA, MERCOSUR, la Alianza del Pacífico, y otras iniciativas que prometen coordinación, solidaridad y desarrollo conjunto. Sin embargo, la respuesta fragmentada y en gran medida inefectiva ante el ataque a Venezuela demuestra que estas instituciones carecen de la capacidad real para defender efectivamente a sus miembros ante agresiones externas. La integración latinoamericana permanece siendo mayormente retórica, sin traducirse en capacidades materiales de defensa colectiva, coordinación económica profunda, o construcción de alternativas viables al orden imperial.

La construcción de una verdadera integración latinoamericana requiere ir mucho más allá de las declaraciones y tratados formales para abordar los obstáculos estructurales que han impedido históricamente la unidad regional. Estos obstáculos incluyen: las profundas asimetrías económicas entre países de la región que generan intereses divergentes y competencia por inversiones y mercados; la dependencia tecnológica respecto de las metrópolis imperiales que dificulta el desarrollo de capacidades productivas autónomas; la fragmentación de las clases dominantes regionales en fracciones con orientaciones geopolíticas contradictorias; la debilidad de los movimientos sociales y políticos capaces de impulsar proyectos de integración desde abajo; y la persistente interferencia de Estados Unidos que promueve activamente iniciativas de integración subregional excluyentes (como la Alianza del Pacífico) diseñadas para bloquear proyectos de integración más autónomos y soberanos.

La superación de estos obstáculos requiere una estrategia de integración que combine múltiples dimensiones simultáneamente. En lo económico, la construcción de cadenas productivas regionales integradas, desarrollo conjunto de tecnologías estratégicas, coordinación de políticas industriales y comerciales, y creación de mecanismos de financiamiento regional que reduzcan la dependencia del FMI y los mercados financieros internacionales. En lo político, fortalecimiento de instituciones de coordinación con capacidad ejecutiva real, no solo consultiva, incluyendo mecanismos de defensa colectiva efectivos y capacidad de imponer costos a países que agreden a miembros de los esquemas de integración. En lo social y cultural, promoción de intercambios masivos de estudiantes, trabajadores, artistas e intelectuales que construyan una identidad latinoamericana vivida, no solo declarada, y fortalezcan los lazos de solidaridad concreta entre los pueblos de la región.

7.2. La diversificación estratégica: multipolaridad como espacio de autonomía

Una de las lecciones fundamentales de la crisis venezolana es la importancia de la diversificación de vínculos geopolíticos como estrategia de preservación de márgenes de autonomía en un mundo multipolar. La respuesta al ataque estadounidense mostró la formación de un frente informal de países que, con distintos grados de énfasis y por diferentes motivaciones, condenaron la agresión: China, Rusia, Irán, Cuba, Nicaragua, Bolivia, así como sectores de gobiernos de Brasil, México, Colombia y otros países latinoamericanos. Esta convergencia, aunque insuficiente para impedir la operación o revertir sus efectos inmediatos, señala la existencia de espacios de maniobra

geopolíticos que países periféricos pueden explotar cuando el mundo deja de estar dominado por una única superpotencia omnipotente.

China, en particular, emerge como alternativa crecientemente importante para América Latina, no porque represente un imperialismo más benévolo (de hecho, su modelo de inserción en la región reproduce muchos patrones de extractivismo e intercambio desigual característicos del imperialismo occidental), sino porque su mera existencia como potencia rival de Estados Unidos amplía los márgenes de negociación de los países latinoamericanos y reduce el poder de chantaje de Washington. La demanda china de materias primas, su disposición a financiar infraestructura sin las condicionalidades políticas del FMI, su interés estratégico en construir alianzas en el hemisferio occidental, todo esto crea oportunidades que gobiernos latinoamericanos hábiles pueden explotar para obtener mejores términos en sus relaciones con el capital internacional.

Sin embargo, esta estrategia de diversificación no debe confundirse con una ilusión ingenua sobre la naturaleza del poder chino. China es una potencia capitalista con intereses imperiales propios que busca privilegiadamente su acumulación y expansión, no el desarrollo autónomo de América Latina. Las inversiones chinas en la región se concentran abrumadoramente en sectores extractivos (minería, petróleo, agricultura de exportación) y en infraestructura destinada a facilitar la exportación de materias primas hacia China, reproduciendo así patrones de especialización primario-exportadora que perpetúan la dependencia y vulnerabilidad estructural. El desafío para América Latina no es simplemente reemplazar la dependencia de Estados Unidos por la dependencia de China, sino usar la competencia entre potencias para construir márgenes de autonomía que permitan proyectos de desarrollo alternativos.

7.3. Democracia, soberanía y transformación social: el desafío del socialismo democrático

La crisis venezolana plantea con especial crudeza la relación entre transformación social, poder político y soberanía nacional en un contexto de dependencia estructural. El chavismo se presentó como un intento de articular socialismo del siglo XXI, democracia participativa y defensa de la soberanía frente al imperialismo. Sin embargo, más allá de su retórica y de avances parciales innegables, el proceso bolivariano no logró romper con las bases materiales del capitalismo dependiente ni construir una alternativa socialista coherente y viable desde el punto de vista marxista.

El problema central no fue un supuesto “exceso de radicalidad”, sino precisamente lo contrario: la no superación de las relaciones capitalistas fundamentales y la persistencia de una economía rentista basada casi exclusivamente en el extractivismo petrolero. La dependencia de la renta del petróleo —heredada, pero no superada— no solo no resolvió las contradicciones estructurales del país, sino que las exacerbó. En lugar de utilizar la renta como palanca para una transformación profunda del aparato productivo, la planificación socialista y el desarrollo de nuevas relaciones de producción, esta fue empleada principalmente como mecanismo de redistribución dentro de un marco económico esencialmente intacto.

Cuando la coyuntura internacional dejó de ser favorable —caída de los precios del petróleo, endurecimiento del bloqueo y sanciones imperialistas—, la fragilidad del

modelo se hizo evidente. La ausencia de una economía diversificada, la falta de control efectivo de los sectores estratégicos bajo formas de gestión socialista real, y la persistencia de dinámicas de corrupción ligadas al Estado rentista minaron las bases materiales del apoyo popular. La crisis económica no fue simplemente el resultado de la agresión imperial, aunque esta desempeñó un papel decisivo, sino también la consecuencia de no haber construido una base económica socialista capaz de resistirla.

En el plano político, la concentración del poder en el Ejecutivo y la progresiva erosión de mecanismos democráticos no deben interpretarse desde categorías liberales abstractas, sino como expresión de una contradicción no resuelta: la ausencia de un poder popular organizado y autónomo capaz de sustituir efectivamente al Estado burgués heredado. En lugar de avanzar hacia formas de doble poder, control obrero y democracia socialista, el proceso tendió a apoyarse crecientemente en el aparato estatal existente, reproduciendo lógicas burocráticas que debilitaron la legitimidad del proyecto y facilitaron su aislamiento social.

La lección fundamental de la experiencia venezolana no es que la transformación socialista o la defensa de la soberanía frente al imperialismo sean inviables, sino que no pueden sostenerse sin una ruptura real con el capitalismo dependiente. No basta con redistribuir renta ni con apelar a la movilización popular de forma intermitente: es imprescindible construir una alternativa socialista integral que combine planificación democrática de la economía, transformación radical de las relaciones de producción, control popular efectivo y una estrategia internacionalista capaz de romper el cerco imperial.

Desde esta perspectiva, el error de buena parte de los gobiernos progresistas latinoamericanos —incluido el venezolano— no fue su enfrentamiento con el imperialismo, sino haberlo hecho sin una base socialista sólida. La radicalidad discursiva sin transformación económica estructural dejó a estos procesos atrapados entre la presión externa y sus propias contradicciones internas. El desafío histórico sigue abierto: demostrar que una alternativa socialista marxista, no rentista, no extractivista y no burocrática, no solo es deseable, sino materialmente posible.

VIII. CONCLUSIÓN: HACIA UNA ESTRATEGIA INTERNACIONALISTA

«La crítica no es una pasión de la cabeza, es la cabeza de la pasión.

No es un bisturí, es un arma.

Su objetivo no es refutar al adversario, sino destruirlo.»

**Karl Marx, Carta a Arnold Ruge, septiembre de 1843,
en *Escritos de juventud*, ed. Akal, trad. Wenceslao Roces.**

La agresión estadounidense contra Venezuela marca un punto de inflexión histórico que condensa múltiples contradicciones del orden mundial contemporáneo: entre imperialismo hegemónico en declive e imperialismo violento en crisis; entre instituciones internacionales formalmente soberanas y potencias que las violan con impunidad; entre gobiernos que condenan retóricamente y sociedades que permanecen pasivas; entre aspiraciones de soberanía popular y realidades de subordinación estructural. El análisis marxista de estos acontecimientos no puede limitarse a la

denuncia moral ni a la constatación empírica de las violaciones del derecho internacional. Debe ir más allá para comprender las dinámicas estructurales que hacen posible y probable la repetición de tales agresiones, y para identificar las fuerzas sociales y las estrategias políticas capaces de transformar estas dinámicas.

La tesis de la decadencia del imperialismo estadounidense es fundamentalmente correcta, pero debe ser complejizada para captar la naturaleza dialéctica del proceso. Estados Unidos está perdiendo capacidad hegemónica, es decir, capacidad de liderar el sistema internacional mediante el consentimiento y la construcción de consensos, pero conserva y en algunos aspectos intensifica su capacidad coercitiva, su disposición y habilidad para usar la fuerza militar directa. Esta combinación de declive hegemónico y persistencia de la capacidad destructiva genera una situación particularmente peligrosa, donde un imperio en crisis, pero todavía poderoso puede causar estragos catastróficos en su resistencia a aceptar un orden multipolar que percibe como amenaza existencial.

Europa, por su parte, ha revelado su total incapacidad para actuar como polo autónomo en la política mundial, condenada por su subordinación estratégica a Estados Unidos y su renuncia a desarrollar capacidades militares y voluntad política independientes. La respuesta tibia y equidistante ante la agresión a Venezuela, que contrasta dramáticamente con su posición ante conflictos que involucran a adversarios geopolíticos de Occidente, demuestra la *bancarrota moral* e intelectual de un proyecto europeo que se presenta como defensor del multilateralismo y el derecho internacional pero que en la práctica funciona como brazo civilizador e ideológico del imperialismo occidental liderado por Estados Unidos.

Las instituciones internacionales, particularmente el sistema de Naciones Unidas, están experimentando una crisis de legitimidad y eficacia que amenaza con erosionar completamente los fundamentos normativos del orden internacional construido tras la Segunda Guerra Mundial. La incapacidad del Consejo de Seguridad para adoptar resolución alguna condenando una agresión tan flagrante como la operación contra Venezuela, bloqueada por el veto estadounidense, confirma que el sistema de seguridad colectiva concebido en 1945 ha dejado de funcionar como mecanismo efectivo de contención del uso unilateral de la fuerza. Estamos transitando hacia un nuevo **desorden internacional** donde la ley del más fuerte amenaza con imponerse sobre cualquier consideración de derecho o justicia.

Para América Latina, la operación contra Venezuela representa una advertencia severa sobre los límites de la soberanía nominal en ausencia de capacidades materiales efectivas de defensa. La región enfrenta el desafío histórico de construir formas de integración que vayan más allá de la retórica para traducirse en capacidades concretas de cooperación económica, coordinación política y defensa colectiva. Esto requiere superar las profundas divisiones que fragmentan a las sociedades y los estados latinoamericanos, así como las dependencias estructurales que las atan a los centros imperiales. Requiere también aprender de los errores de experiencias previas de transformación social que combinaron radicalidad discursiva con incompetencia económica, concentración autoritaria del poder con retórica participativa, y aislamiento internacional con retórica anti-imperialista.

La construcción de alternativas viables al capitalismo neoliberal y al imperialismo en América Latina requiere de una estrategia compleja y multidimensional que combine transformación económica con profundización democrática, defensa de la soberanía

con inserción estratégica en un mundo multipolar, radicalidad de objetivos con pragmatismo de medios, movilización popular con construcción institucional, nacionalismo inclusivo con internacionalismo solidario. El desafío no consiste en conciliar falsos equilibrios, sino en restituir una jerarquía material entre medios y fines: entender la reforma como táctica subordinada a la ruptura, la participación como base del poder y no su sustitución, la igualdad material como condición de la libertad, y la nación como terreno histórico —no como sustituto— de la lucha de clases.

El desafío fundamental que plantea la crisis venezolana y la respuesta internacional a la agresión estadounidense es el de construir una estrategia internacionalista renovada que sea capaz de articular resistencias locales, regionales y globales al imperialismo en todas sus formas. Esto implica reconocer que ningún país aislado, por grande o poderoso que sea, puede enfrentar efectivamente al sistema imperial global; que la solidaridad internacional no puede ser solo retórica sino que debe traducirse en acciones concretas de apoyo mutuo; que la construcción de alternativas al capitalismo requiere de coordinación transnacional de movimientos sociales y fuerzas políticas; y que la defensa de la soberanía popular y el derecho a la autodeterminación constituye un interés común de todos los pueblos del mundo, no solo de aquellos directamente amenazados por la intervención imperial en un momento dado.

La historia no es lineal ni predeterminada. El declive del imperialismo estadounidense no garantiza automáticamente la emergencia de un orden mundial más justo y democrático. Puede dar lugar también a formas aún más brutales de dominación, a nuevos imperialismos que reproduzcan bajo otras formas las jerarquías y explotaciones del viejo orden, o a un caos fragmentado donde la violencia se generalice sin límites institucionales efectivos. La tarea de las fuerzas progresistas, revolucionarias y democráticas del mundo es intervenir activamente en este proceso de transformación para orientarlo hacia formas de organización social, económica y política que garanticen la emancipación humana, la justicia social, la sostenibilidad ecológica y la paz democrática entre los pueblos.

Venezuela, en este contexto, no es solo un país más sometido a la agresión imperial, sino un campo de batalla donde se dirime el futuro del orden mundial en transición. La capacidad de los pueblos del mundo para responder efectivamente a esta agresión, para imponer costos reales al imperialismo por sus violaciones del derecho internacional, para construir alternativas viables de organización social y política, determinará en buena medida las posibilidades históricas que se abran en las próximas décadas. *La derrota de la agresión imperial contra Venezuela no puede ser obra de un solo país ni de un solo gobierno, sino el resultado de la acción coordinada de múltiples fuerzas sociales y políticas que compartan el objetivo común de construir un mundo multipolar, democrático y justo.*

El momento presente es de crisis, pero toda crisis es también oportunidad. La deslegitimación acelerada del imperialismo estadounidense y sus formas de dominación abre espacios para la construcción de alternativas que hace solo unas décadas parecían imposibles. El ascenso de nuevas potencias como China, India, Brasil, con todas sus limitaciones y contradicciones, fragmenta el monopolio del poder global que Estados Unidos ejerció durante el período unipolar. Los movimientos sociales en todo el mundo están cuestionando formas de dominación y explotación que antes parecían naturales e inevitables. Las crisis ecológicas, económicas y sociales del capitalismo neoliberal están generando búsquedas de alternativas en todos los

continentes. Y la resistencia heroica de pueblos como el palestino, el venezolano, el cubano, demuestra que el imperialismo no es invencible, que la dignidad humana puede enfrentar la violencia del más poderoso.

La construcción de un mundo mejor requiere combinar lucidez analítica sobre los obstáculos estructurales que enfrentamos, con voluntad política inquebrantable de superarlos. Requiere comprender que las transformaciones fundamentales son procesos de largo aliento que exigen estrategias complejas, alianzas amplias, instituciones sólidas, y capacidad de aprender de los errores. Requiere rechazar tanto el optimismo voluntarista que subestima las dificultades, como el pesimismo paralizante que renuncia de antemano a la posibilidad de cambio. Y requiere sobre todo mantener vivo el horizonte de emancipación humana que ha inspirado históricamente a las luchas revolucionarias: la visión de una sociedad mundial sin clases, sin estados opresores, sin imperios, donde la libre asociación de productores sustituya a la dictadura del capital y donde la humanidad pueda finalmente desarrollar plenamente sus potencialidades en armonía con la naturaleza y consigo misma.

ANEXO: LA CRISIS DE GROENLANDIA Y EL FIN DE LA OTAN

"Si un país de la OTAN ataca a otro país de la OTAN, todo se acabará."

— Mette Frederiksen, Primera Ministra de Dinamarca

Mientras el mundo observaba atónito la agresión estadounidense contra Venezuela, Donald Trump inauguraba un segundo frente de tensión internacional que amenaza con fracturar definitivamente la alianza atlántica: **la crisis de Groenlandia**. En declaraciones reiteradas a lo largo de los primeros días de enero de 2026, Trump insistió en que Estados Unidos "necesita" Groenlandia por "razones de seguridad nacional", llegando a justificar una posible anexión del territorio autónomo danés alegando la presencia de "barcos rusos y chinos" en la región ártica. Esta pretensión expansionista, que combina elementos de neocolonialismo decimonónico con la lógica de depredación de recursos estratégicos característica del capitalismo contemporáneo, ha generado una crisis sin precedentes en las relaciones entre Estados Unidos y sus aliados europeos de la OTAN.

La gravedad de la situación quedó expuesta con brutal claridad en las declaraciones de la Primera Ministra danesa, Mette Frederiksen, quien el lunes 5 de enero advirtió en una entrevista con la cadena TV2 que *"si un país de la OTAN ataca a otro país de la OTAN, todo se acabará. Incluida nuestra OTAN y, en consecuencia, la seguridad que ha proporcionado desde el fin de la Segunda Guerra Mundial"*. Esta advertencia constituye el reconocimiento oficial más explícito hasta la fecha por parte de un líder europeo de que el comportamiento de la administración Trump amenaza con destruir el sistema de seguridad colectiva occidental que ha constituido el pilar fundamental del orden atlántico durante más de siete décadas. Frederiksen no se limitó a expresar preocupación diplomática, sino que formuló una advertencia existencial: la agresión estadounidense contra un aliado de la OTAN significaría el colapso de la Alianza misma. El interés estadounidense en Groenlandia no es nuevo ni caprichoso, sino que responde a consideraciones estratégicas de largo plazo vinculadas al control de recursos minerales críticos, rutas marítimas árticas que se están abriendo debido al cambio climático, y posicionamiento geopolítico frente a Rusia y China. Groenlandia posee enormes reservas de tierras raras, fundamentales para la industria tecnológica y militar, así como petróleo, gas y uranio. Su ubicación geográfica entre América del Norte y

Europa, junto con su extensión de 2.1 millones de kilómetros cuadrados (el 80% cubierto permanentemente de hielo), la convierten en un punto estratégico fundamental para el control del Ártico, región que adquiere creciente importancia militar y económica a medida que el deshielo hace accesibles nuevos recursos y rutas de navegación.

Lo que resulta extraordinario no es que Estados Unidos tenga interés en Groenlandia, sino la forma descarada y coercitiva en que Trump ha planteado ese interés. En lugar de buscar acuerdos de cooperación reforzada con Dinamarca dentro del marco de la OTAN, o de negociar expansión de las facilidades militares estadounidenses ya existentes en la base aérea de Thule, Trump ha optado por el lenguaje de la amenaza y la anexión directa. El nombramiento en diciembre de 2025 de Jeff Landry, gobernador de Luisiana, como enviado especial para Groenlandia, fue interpretado correctamente por Copenhague como señal de intenciones hostiles. La publicación el 3 de enero de 2026 por Katie Miller, esposa del ultranacionalista asesor Stephen Miller, de un mapa de Groenlandia bajo bandera estadounidense con el mensaje "Pronto", representó una amenaza velada que provocó protestas formales del gobierno danés.

Trump ha ridiculizado los esfuerzos defensivos daneses, declarando que "para reforzar la seguridad en Groenlandia, han añadido un trineo tirado por perros", en un desplante que combina ignorancia estratégica con desprecio imperial. Ha insistido en que "la Unión Europea necesita que la tengamos, y lo saben", atribuyéndose unilateralmente el derecho a determinar los intereses de seguridad europeos sin consulta alguna con los europeos. Y ha rechazado la posición de la líder de la oposición venezolana María Corina Machado mientras simultáneamente afirma que el control de Groenlandia es esencial, estableciendo así una jerarquía explícita donde los intereses geopolíticos estadounidenses prevalecen absolutamente sobre cualquier consideración de soberanía, derecho internacional o alianzas históricas.

La respuesta danesa ha sido de firmeza sin precedentes en las relaciones atlánticas recientes. Frederiksen no solo ha rechazado "encarecidamente" las amenazas estadounidenses, sino que ha subrayado que "Estados Unidos no tiene derecho a anexionarse uno de los tres países de la Mancomunidad", en referencia a Groenlandia, las Islas Feroe y el territorio metropolitano de Dinamarca. Ha recordado que Dinamarca y Groenlandia ya forman parte de la OTAN y están cubiertas por sus garantías de seguridad colectiva, señalando la contradicción fundamental de que Washington amenace a un aliado al que supuestamente está comprometido a defender. Y ha advertido que Dinamarca "no va a aceptar esta situación" y que "no toleraremos una situación en la que Groenlandia se vea amenazada de esta manera".

La crisis ha generado una respuesta europea inusualmente coordinada y contundente. Francia, a través de su ministro de Asuntos Exteriores Jean-Noël Barrot, calificó la posición estadounidense como violación del derecho internacional y anunció que "no aceptará la impotencia" ante este tipo de presiones, señalando que Francia "se está preparando en términos de rearme militar". Alemania y Lituania expresaron su "apoyo incondicional" a Dinamarca. La Comisión Europea se manifestó en defensa de la integridad territorial del Reino de Dinamarca. Incluso Hungría, habitualmente alineada con Trump, guardó un silencio significativo que contrasta con su disposición a romper consensos europeos en otras crisis.

Esta convergencia europea no debe interpretarse como súbita conversión al anti-imperialismo, sino como expresión del pánico de las élites europeas ante la posibilidad de que Estados Unidos haya decidido abandonar completamente la ficción del

multilateralismo atlántico para adoptar una política de dominación imperial descarada que no respeta ni siquiera a sus propios aliados formales. Lo que aterra a los gobiernos europeos no es el imperialismo en sí mismo, del cual son cómplices y beneficiarios, sino la perspectiva de convertirse ellos mismos en objetivos de ese imperialismo cuando sus intereses no coincidan exactamente con los de Washington. **La crisis de Groenlandia revela que Trump está dispuesto a tratar a los aliados europeos con el mismo desprecio y la misma lógica coercitiva que ha aplicado históricamente a América Latina, África o Asia.**

La simultaneidad entre la agresión contra Venezuela y las amenazas sobre Groenlandia no es casual sino reveladora de una estrategia consciente. Ambas operaciones sirven a objetivos complementarios: demostrar la capacidad y disposición estadounidense de actuar unilateralmente sin restricciones legales o alianzas; intimidar a cualquier gobierno que pretenda desafiar intereses estadounidenses; y establecer precedentes que normalicen formas cada vez más brutales de ejercicio del poder imperial. Como señalaron algunos analistas citados en medios internacionales, "la operación en Venezuela es una advertencia a los aliados de Estados Unidos preocupados por las amenazas de Trump de apoderarse de recursos estratégicos". El mensaje es claro: *si Washington puede bombardear y secuestrar al presidente de un país soberano sin consecuencia alguna, ¿qué impediría acciones similares contra otros objetivos cuando lo considere conveniente?*

El primer ministro de Groenlandia, Jens-Frederik Nielsen, respondió a la publicación del mapa con bandera estadounidense señalando que era "irrespetuosa" y recordando que "las relaciones entre los países y los pueblos se fundamentan en el respeto y el derecho internacional, y no en símbolos que ignoran nuestro estatus y nuestros derechos". Añadió que Groenlandia "no está en venta y [su] futuro no se decide en redes sociales". Estas palabras, aunque dignas, contrastan dolorosamente con la realidad material: un territorio de apenas 57.000 habitantes, dependiente económicamente de subsidios daneses que cubren casi la mitad de su presupuesto, carece de toda capacidad efectiva de resistir presiones de la primera potencia militar mundial si esta decidiera aplicar todo su arsenal de medidas coercitivas.

La crisis de Groenlandia ilustra con claridad meridiana las tesis fundamentales de este documento sobre la naturaleza del imperialismo contemporáneo. Confirma que la decadencia hegemónica de Estados Unidos no implica renuncia al uso de la fuerza sino al contrario, recurso creciente a métodos cada vez más crudos de imposición. Demuestra la impotencia estructural de Europa para actuar como polo geopolítico autónomo, reducida a emitir protestas formales sin capacidad ni voluntad de imponer costos reales a Washington. Revela la crisis terminal de las instituciones multilaterales, incapaces de ofrecer protección efectiva incluso a países formalmente protegidos por alianzas militares como la OTAN. Y expone la naturaleza fundamentalmente depredadora del capitalismo en su fase actual, donde el acceso a recursos estratégicos justifica la violación de cualquier norma, tratado o principio.

La advertencia de Frederiksen sobre el fin de la OTAN si Estados Unidos ataca a Groenlandia debe tomarse con la máxima seriedad, no como amenaza hueca sino como reconocimiento lúcido de una realidad: la Alianza Atlántica fue concebida como mecanismo de defensa colectiva contra amenazas externas, no como instrumento de subordinación de sus miembros a los dictados imperiales de su potencia hegemónica. Si esa hegemonía se ejerce mediante la coerción directa contra los propios aliados, la

lógica misma de la Alianza se disuelve. *¿Qué sentido tiene para Dinamarca, Alemania, Francia o cualquier otro país europeo mantener compromisos de defensa mutua con una potencia que los amenaza abiertamente? ¿Cómo puede subsistir una alianza militar cuando su miembro más poderoso trata a los demás no como socios sino como vasallos cuya soberanía es negociable?*

La respuesta a estas preguntas determinará la configuración del orden internacional en las próximas décadas. Si Europa capitula ante las presiones estadounidenses sobre Groenlandia, como ha capitulado ante tantas otras imposiciones previas, habrá confirmado definitivamente su condición de protectorado imperial sin autonomía estratégica real. Si por el contrario logra mantener una posición firme de defensa de la soberanía danesa, obligando a Washington a retroceder o al menos a moderar sus pretensiones, habrá dado el primer paso hacia la construcción de esa autonomía estratégica que tanto proclama retóricamente. Pero dada la historia reciente de cobardía sistemática de las élites europeas, pocos motivos hay para el optimismo.

La crisis de Groenlandia, combinada con la agresión contra Venezuela, marca así un momento de verdad para el orden internacional. Revela sin ambigüedad posible que hemos entrado en una fase donde el imperialismo estadounidense, incapaz de mantener su hegemonía mediante el consenso y el liderazgo, recurre crecientemente a la coerción descarada, la violación abierta del derecho internacional, y la amenaza o uso efectivo de la fuerza militar contra cualquier obstáculo a sus intereses, sean estos gobiernos hostiles del Sur global o aliados formales del Norte. Esta transición de la hegemonía a la dominación pura, de la persuasión a la compulsión, del *soft power* al *hard power* sin mediaciones, constituye no una manifestación de fuerza sino un síntoma de debilidad sistémica. *Un imperio verdaderamente hegemónico no necesita amenazar constantemente a sus aliados ni bombardear capitales extranjeras. El recurso creciente a estos métodos revela precisamente la erosión de las bases de legitimidad y consentimiento que permitían formas más sofisticadas y menos costosas de dominación.*

Pero esta debilidad estructural de ninguna manera implica que el imperialismo en decadencia sea menos peligroso. Al contrario, un imperio que siente amenazada su posición dominante puede ser infinitamente más destructivo que uno seguro de su hegemonía. La combinación de capacidad militar abrumadora con voluntad de usarla sin restricciones éticas, legales o políticas, en un contexto de crisis sistémica múltiple (económica, ecológica, geopolítica, de legitimidad), genera una situación de extremo peligro para toda la humanidad. Venezuela y Groenlandia son apenas los primeros episodios de lo que amenaza con ser una era de violencia imperial desatada, donde las reglas que limitaban mínimamente el ejercicio del poder entre estados se disuelven progresivamente ante la resistencia desesperada de una potencia hegemónica en declive a aceptar un mundo multipolar.

La declaración de Frederiksen sobre el fin de la OTAN si Estados Unidos ataca a Groenlandia no es solo una advertencia diplomática sino un epitafio anticipado para el orden atlántico tal como lo hemos conocido. Ese orden, con todas sus injusticias y violencias estructurales, ofrecía al menos cierta previsibilidad y algunas restricciones institucionales al ejercicio del poder imperial. Su descomposición abre un vacío institucional que puede ser llenado bien por formas más democráticas y equitativas de gobernanza global, bien por un caos hobbesiano donde impere sin restricción la ley del más fuerte. La tarea histórica de las fuerzas progresistas, revolucionarias y

democráticas del mundo es luchar para que ese vacío sea llenado por lo primero y no por lo segundo. Groenlandia, como Venezuela, nos recuerda que esa lucha es urgente y que el tiempo de las ilusiones se ha acabado.